



MIÉRCOLES DE LA
CUARTA SEMANA
DE CUARESMA

MIERCOLES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

EL GRAN ESCRUTINIO

Este día recibe el nombre de *feria del gran escrutinio* porque, en la Iglesia romana, después de las informaciones y exámenes necesarios, se admitía mayor número de Catecúmenos al Bautismo. La Estación se celebraba en la basílica de S. Pablo Extra-Muros, a causa de la amplitud del edificio, y también para honrar al Apóstol de los gentiles, con los nuevos adeptos que la Iglesia disponía hacer del mismo paganismo. El lector leerá con interés y edificación las fórmulas y ceremonias observadas en esta ocasión.

EL CATECUMENADO

Una vez reunidos en la basílica hacia la hora de mediodía los fieles y aspirantes al bautismo, primero se tomaba nota de los nombres de los últimos; un acólito les colocaba ordenadamente delante del pueblo, colocando a los hombres a la derecha y las mujeres a la izquierda. A continuación un sacerdote recitaba sobre cada uno de ellos la Oración que les hacía catecúmenos porque, hasta aquí, les hemos dado este nombre sin pertenecerlos. Se les hacía primero la señal de la cruz en la frente y se les imponía la mano sobre la cabeza. Bendecían a continuación la sal, símbolo de la sabiduría y se lo daban a gustar a todos.

LA ANTE-MISA

Después de estas ceremonias preliminares se les mandaba salir del templo y permanecían en el pórtico

exterior hasta que se les llamase. Una vez fuera, la asamblea de los fieles, que había quedado en la Iglesia, comenzaba el Introito, tomado de las palabras del profeta Ezequiel en las que el Señor anuncia cómo reunirá a todos sus elegidos de todas las naciones para derramar sobre ellos una agua purificante y lavar todas sus manchas. El acólito llamaba a todos los catecúmenos por su nombre y el portero los introducía. Se les ordenaba de nuevo, haciendo distinción de sexos, y a los padrinos y madrinas se colocaban junto a ellos. El Pontífice cantaba entonces la Colecta; después, a una invitación del diácono, los padrinos y madrinas hacían la señal de la cruz en la frente de los aspirantes, de quienes debían ser fiadores ante la Iglesia. Les seguían los acólitos y pronunciaban los exorcismos sobre cada uno de los elegidos, comenzando por los hombres y continuando por las mujeres. Después el lector leía un trozo del Profeta Ezequiel, que ponemos a continuación. Le seguía un primer Gradual, compuesto de estas palabras de David: *“Venid, hijos míos, escuchadme; os enseñaré a temer al Señor. Acercáos a El y seréis iluminados y vuestros rostros no se avergonzarán.”*

En la Colecta que seguía a esta lectura, se pedía para los fieles los frutos del ayuno cuaresmal, y a esta oración, seguía una lectura del Profeta Isaías, que anuncia el perdón de los pecados, para aquellos que van a recibir el baño misterioso.

Un segundo Gradual igualmente sacado del Salterio se expresaba de este modo: *“Dichoso el pueblo que tiene a Dios por su Señor, el pueblo que el Señor ha escogido para su herencia.”*

Durante la lectura de los dos Profetas y el canto de los

Graduales, tenía lugar la ceremonia de *la abertura de los oídos*. Los sacerdotes iban sucesivamente tomando las orejas de los Catecúmenos imitando la acción de Jesucristo con el sordomudo del Evangelio, y diciendo como Él esta palabra: *Epheta*; es decir: *abríos*. Este rito tenía por fin preparar a los Catecúmenos a recibir la revelación de los misterios que hasta entonces sólo se les había explicado con alegorías. La primera iniciación que recibían se refería a los Evangelios.

Después del segundo Gradual, salían del *Secretarium* precedidos de cirios e incensarios cuatro diáconos llevando cada cual uno de los cuatro evangelios. Se dirigían hacia el Santuario y colocaban los libros sagrados en cada uno de los cuatro ángulos del altar. El Pontífice o un simple sacerdote dirigía a los Catecúmenos la alocución siguiente que aun hoy día leemos en el Sacramentario Gelasiano:

“Antes de comenzar a explicaros los Evangelios, es decir el relato de los hechos de Dios, primero, carísimos, hijos, debo, daros a conocer lo que son los Evangelios, su origen, quién es el autor, por qué son cuatro, quien los ha escrito; finalmente quiénes son estos cuatro hombres, que pronosticados antes por el Espíritu Santo, fueron designados por el profeta. Si no os enseñase todos estos detalles dejaría zozobra en vuestras almas, y como precisamente habéis venido hoy para que se os abran vuestros oídos, no debo comenzar por dejar en la impotencia a vuestras inteligencias.

Evangelio significa propiamente buena nueva; porque es el anuncio de Jesucristo nuestro Señor. El Evangelio nos viene de Él, con el fin de anunciar y demostrar que quien hablaba por medio de los profetas, vino en carne mortal a este mundo, como estaba escrito: “Yo que era quien hablaba, heme aquí.”

Como os tengo que explicar brevemente lo que es el Evangelio y quiénes son estos cuatro hombres anunciados de antemano por el Profeta, vamos a designar sus nombres mediante las figuras que les explican. Dice el Profeta Ezequiel: Y he aquí sus rasgos: un hombre y un león a su derecha, un toro y un águila a su izquierda. Nosotros sabemos que estas cuatro figuras representan a los Evangelistas, cuyos nombres son: Mateo, Marcos, Lucas y Juan.”

Después de este discurso, un diácono desde lo alto del ambón, dirigiéndose también a los catecúmenos les decía:

Guardad silencio y estad atentos.

Después abriendo el Evangelio de S. Mateo, que había tomado del altar, leía el comienzo hasta el versículo 21. Terminada esta lectura, tomaba la palabra un sacerdote:

“Carísimos hijos, no quiero teneros por más tiempo en suspenso; os voy a explicar qué significan cada una de las figuras de los evangelistas. Mateo tiene la figura de un hombre, porque al principio de su libro, cuenta extensamente la genealogía del Salvador. Comienza de este modo: Libro de la Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán. Véis cómo hay motivos para representar a Mateo con la figura de hombre, porque comienza con el nacimiento humano del Salvador.”

El diácono que se había quedado en el ambón decía de nuevo:

Guardad silencio y estad atentos.

Después leía el principio del Evangelio de S. Marcos, hasta el versículo 8. Después de esta lectura, el sacerdote volvía a tomar la palabra:

“El evangelista Marcos lleva la figura de león, porque comienza por el desierto, con estas palabras: La voz del que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor; o también porque el Señor reina invencible. Esta figura del león es frecuente en las Escrituras; he aquí un ejemplo claro de esta palabra: Judá, hijo mío, tú eres el cachorro del león; tú has nacido de mi raza; se ha acostado y se ha dormido como un león y como el cachorro de la leona. ¿Quién se atreverá a despertarlo?”

El diácono dando de nuevo su aviso, leía el principio del Evangelio de S. Lucas hasta el versículo 17; y el sacerdote tomando la palabra decía:

“El Evangelista Lucas lleva la figura de Toro, para recordar la inmolación de nuestro Salvador. Este Evangelista comienza por hablar de Zacarías e Isabel, padres de Juan Bautista, nacido en su ancianidad.”

El diácono anunciando de nuevo con la misma solemnidad el Evangelio de S. Juan, del que leía los catorce primeros versículos, el sacerdote volvía a hablar en estos términos:

“Juan tiene la figura de Aguila porque se cierne en las alturas. Él dice: Al principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios, estaba al principio con Dios. Y David hablando de la persona del Cristo, se expresa de este modo: Tu juventud se renovará como la del águila; porque Jesucristo nuestro Señor, resucitado de entre los muertos subió a los cielos. Por eso, carísimos hermanos, el que os ha concebido y aun os lleva en su seno se felicita pensando en la nueva familia que va a recibir la ley cristiana, cuando, en el día venerando de la Pascua, renazcáis en el agua bautismal y recibáis de Cristo nuestro Señor, como todos los santos, el don de una fiel infancia.”

A la explicación de los cuatro Evangelistas seguía la ceremonia que se llamaba entrega del Símbolo, en la

cual se decía a los Catecúmenos el Símbolo de los Apóstoles y en los siglos siguientes el de Nicea. Un sacerdote dirigía primero esta alocución:

“Admitidos a recibir el Sacramento del Bautismo y antes de ser objeto de una nueva creación en el Espíritu Santo, debéis, carísimos hijos, concebir en vuestro corazón la fe que ha de justificaros; debéis, por vuestros espíritus transformados en adelante mediante la virtud, acercaros a Dios que es la luz de vuestras almas. Recibid, pues, el Símbolo evangélico inspirado por el Señor, instituido por los Apóstoles. Son pocas palabras, mas los misterios que encierran son grandiosos; porque el Espíritu Santo que dictó esta fórmula a los primeros maestros de la Iglesia, formuló en él la fe que nos salva, con gran precisión de palabras con el fin de que las verdades que debéis creer y considerar continuamente no se la puedan ocultar a la inteligencia, ni fatigar la memoria. Sed pues diligentes en aprender este Símbolo y lo que os entregamos según tradición, como lo hemos recibido, escribidlo no en una materia corruptible sino en las páginas de vuestro corazón. Así, pues, la profesión de fe que habéis recibido comienza del modo siguiente.”

Se adelantaba entonces uno de los Catecúmenos y el sacerdote pedía al acólito que le había llevado:

“¿En qué lengua dan testimonio éstos de nuestro Señor Jesucristo?”

El acólito respondía:

“En griego.”

En Roma, en tiempo de los emperadores, se usaba el griego tanto como el latín. Entonces el sacerdote decía al acólito:

“Decidles la fe en que creen.”

Y el acólito, con la mano extendida sobre la cabeza del

Catecúmeno, pronunciaba el Símbolo en griego, recitándole en un tono solemne. A continuación se adelantaba una de las mujeres catecúmenas de la lengua griega, el acólito repetía el Símbolo del mismo modo; el sacerdote decía entonces:

“Carísimos hijos, acabáis de oír el Símbolo en griego; escuchadle ahora en latín.”

Se adelantaban sucesivamente dos catecúmenos de lengua latina, un hombre y una mujer, y el acólito recitaba dos veces ante ellos, y en voz alta, de modo que todos los demás lo pudiesen entender, el Símbolo en latín. Una vez que se hacía la entrega del Símbolo, el sacerdote pronunciaba esta alocución:

“Este es el compendio de nuestra fe, carísimos hijos, y estas son las palabras del Símbolo, escogidas y ordenadas no como se les ha ocurrido a los hombres sino conforme les ha dictado la razón divina. Todos son capaces de comprenderlas y retenerlas en la memoria. En él se habla del poder uno e igual de Dios Padre: en él se nos enseña cómo el único Hijo de Dios nació según la carne de la Virgen María por virtud del Espíritu Santo; en él se narra la crucifixión, su sepultura y su resurrección al tercer día; en él se afirma su ascensión a los cielos, su toma de asiento a la derecha de la majestad del Padre, su futura venida para juzgar a los vivos y a los muertos. En él se habla del Espíritu Santo que tiene la misma divinidad que el Padre y que Hijo: en él finalmente, se enseña la vocación de la Iglesia, la remisión de los pecados y la resurrección de la carne.

Os habéis despojado del hombre viejo, carísimos hijos míos, para reformaros conforme al nuevo; de carnales os transformaréis en espirituales; de terrestres en celestiales. Creed con fe firme y constante que así como Cristo ha resucitado, así también vosotros resucitaréis y que, este prodigio que se ha obrado en nuestro Jefe, se reproducirá

también en todos los miembros de su cuerpo.

El Sacramento del Bautismo que pronto vais a recibir nos confirma en esta esperanza. Tiene los efectos de la muerte y de la resurrección; en él se despoja del hombre viejo y se reviste del nuevo. El pecador se sumerge en el agua y sale justificado. Se arroja a quien nos arrastró a la muerte y se recibe en cambio a quien nos dió la vida, a quien, mediante la gracia que os dará, os hará hijos de Dios, no según la carne sino en virtud del Espíritu Santo.

Debéis grabar en vuestros corazones esta breve fórmula para que os podáis servir de ella como un socorro, de la Confesión que contiene. El poder de esta arma es invencible contra todas las emboscadas del enemigo; tiene que serles familiar a los verdaderos soldados de Cristo. Que el diablo, que jamás deja de tentar al hombre, os halle siempre armados de este Símbolo. Salid triunfadores del enemigo que acabáis de renunciar; conservad, con la ayuda del Señor, hasta el fin, incorruptible e inmaculada la gracia que os va a otorgar; finalmente aquel que os va a perdonar los pecados os dé también la gloria de la resurrección.

Así pues, carísimos hijos, ahora que conocéis el Símbolo de la fe católica aprendedle con cuidado sin cambiar una sola palabra. La misericordia de Dios es poderosa; que os guíe a la fe del bautismo a que aspiráis; y a nosotros que hoy os descubrimos los misterios nos lleve juntamente con vosotros al reino de los cielos, por intercesión del mismo Jesucristo, nuestro Señor que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.”

Después de la Tradición del Símbolo, se entregaba a los catecúmenos la Oración Dominical. El diácono anunciaba primero esta nueva gracia y una vez que había recomendado guardar silencio y atención, un sacerdote dirigía a los candidatos esta nueva alocución:

“Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, entre los diversos

preceptos provechosos, en el día en que sus discípulos le pidieron cómo debían orar les dió esta fórmula de oración que pronto vais a oír y que os va a revelar el sentido por completo.

Escuchad ahora, con caridad, cómo el divino Salvador enseñó a sus discípulos que hay que orar a Dios Padre Omnipotente: Cuando oreis, dice, encerráos en vuestra habitación y allí orad a vuestro Padre. Por habitación no se entiende un lugar apartado, sino lo íntimo de vuestro corazón que sólo Dios conoce. Cuando dice que se debe orar a Dios a puerta cerrada, nos advierte que debemos cerrar nuestro corazón a los malos pensamientos con la llave mística, y con los labios cerrados, hablar a Dios con gran pureza de alma. Lo que Dios escucha, es la fe, no el ruido de las palabras. Cerremos pues nuestro corazón con la llave de la fe a las emboscadas del enemigo; que sólo se abra para alabar a Dios de quien sabemos es templo; y morando el Señor de este modo en nuestros corazones oirá benignamente nuestras oraciones.

El Verbo, la Sabiduría de Dios, Cristo nuestro Señor, nos ha enseñado la siguiente oración:

Padre nuestro que estás en los cielos

Notad esta palabra llena de libertad y confianza. Vivid de tal modo que podáis ser hijos de Dios y hermanos de Cristo. ¿No sería una temeridad la de aquel que se atreviese a llamar a Dios su Padre y que por otra parte se mostrase como un degenerado, contrariando su voluntad? Carísimos hijos; corresponded dignamente a esta divina adopción; pues está escrito: Todos los que creyeron en Él se les dió poder de hacerse hijos de Dios.

Santificado sea el tu nombre

No es que Dios, santidad suma, necesite que le santifiquemos nosotros; pedimos que su nombre sea santificado en nosotros, de suerte que nosotros que nos hemos hecho santos con su bautismo, perseveremos en el

nuevo estado que hemos recibido.

Vénganos el tu reino

Nuestro Dios, cuyo reino es inmortal ¿no reinará siempre? Sin duda alguna; pero cuando decimos: vénganos el tu reino, pedimos la venida del reino que Dios nos prometió y que Cristo nos mereció con su sangre y sufrimientos.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo

Es decir que se cumpla tu voluntad de tal modo que lo que tú quieres en el cielo, lo cumplamos fielmente los que estamos en la tierra.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy

Aquí se entiende el alimento espiritual. pues Cristo es nuestro Pan; Él mismo lo ha dicho: Yo soy el Pan vivo bajado del cielo. Decimos de cada día, porque constantemente debemos pedir vernos libres del pecado, con el fin de hacernos dignos del alimento espiritual.

Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores

Estas palabras quieren decir que podemos merecer el perdón de los pecados perdonando primero a los que nos han ofendido. Por eso dice el Señor en el Evangelio: Si no perdonáis a los hombres las faltas que han cometido contra vosotros, vuestro Padre no os perdonará tampoco vuestros pecados.

Y no nos dejes caer en la tentación

Es decir, no permitáis que caigamos en la tentación, cuando seamos inducidos por el autor del mal. La Escritura nos dice: No es Dios quien nos incita al mal. Es el diablo quien nos tienta, y para vencerle nos aconseja el Señor: Velad y orad para que no entréis en tentación.

Mas libranos del mal

Estas palabras se refieren a lo que dice el Apóstol: No sabéis lo que os conviene pedir. Debemos rogar a Dios uno y omnipotente para que los males que no pueda evitar la fragilidad humana, nos veamos libres de ellos nosotros en virtud de la ayuda que nos dará Jesucristo nuestro Señor, que como Dios, vive y reina en unión con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.”

Concluída la alocución, decía el diácono:

Guardad orden y silencio y estad atentos.

El sacerdote volvía a hablar en los siguientes términos:

“Acabáis de oír, carísimos hijos, los misterios de la Oración Dominical; ahora grabadlos en vuestros corazones para que lleguéis a ser perfectos y merezcáis pedir y recibid la misericordia divina. Dios nuestro Señor es poderoso y a los que pronto vais a recibir la fe os conducirá al baño de las aguas regeneradoras. Dígnese llevarnos con vosotros al reino celestial en premio de haberos instruído en los misterios de la fe católica, que vive y reina con Dios Padre en unión con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.”

MISA

Después de la lectura del Evangelio en que se narra la curación del ciego de nacimiento, el diácono, según la costumbre, mandaba salir de la Iglesia a todos los Catecúmenos; los mismos padrinos y madrinas eran los que les sacaban fuera y en seguida entraban en la Iglesia para asistir al sacrificio con los demás fieles. Llegado el momento de la Ofrenda venían a presentar en el altar los nombres de sus adoptados espirituales; y el Pontífice recitaba estos nombres juntamente con, los de los padrinos y madrinas, en las oraciones del Canon. Hacia el final de la Misa se mandaba entrar a los Catecúmenos y se les anunciaba el día en que debían presentarse a la Iglesia, para examinarlos acerca del Símbolo y de las demás instrucciones que acahaban de recibir.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, haz que, a los que nos castigamos con piadosos ayunos, nos alegre también tu santa devoción: para que, mitigados los afectos terrenos, consigamos más fácilmente los celestes. Por el Señor.

LECCIÓN

Lección del Profeta Ezequiel.

Esto dice el Señor, Dios: Santificaré mi gran nombre, profanado entre las gentes, el que profanasteis vosotros en medio de ellas: y sabrán las gentes que yo soy el Señor, cuando fuere santificado en vosotros delante de ellas. Porque os sacaré de entre las gentes, y os congregaré de todas las tierras, y os llevaré a vuestra tierra. Y derramaré sobre vosotros un agua pura, y OS lavaréis de todas vuestras inmundicias, y os limpiaré de todos vuestros idolos. Y os daré un corazón nuevo, y pondré un nuevo

espíritu en medio de vosotros: y arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré mi espíritu en medio de vosotros: y haré que caminéis en mis mandatos y guardéis mis preceptos y les pongáis en práctica. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres y seréis mi pueblo, y seré yo vuestro Dios, dice el Señor Omnipotente.

La imponente ceremonia de la que hemos expuesto algunos rasgos, no tenía lugar hoy sólo; se repetía muchas veces según el número que hubiese de catecúmenos y el más o menos tiempo que se necesitaba para recoger, acerca de la conducta de cada uno, los informes que la Iglesia necesitaba para juzgar de su preparación al Bautismo. En la Iglesia Romana, se tenía, como ya hemos indicado, hasta siete escrutinios; pero el más numeroso y más solemne era el de hoy y todos se concluían con la ceremonia que acabamos de describir.

LOS CATECÚMENOS

Estas magníficas promesas que un día se cumplirán en el pueblo judío cuando se satisfaga la justicia de Dios, se realiza primero en nuestros catecúmenos. La gracia divina los ha reunido de todos los pueblos gentiles para llevarlos a su verdadera patria, la Iglesia. Unos días más y se derramará en ellos este agua pura que borrará las manchas de la idolatría; recibirán un nuevo espíritu, un nuevo corazón y serán para siempre el verdadero pueblo del Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor, Dios: Lavaos, estad limpios, apartad de mis ojos el mal de vuestros pensamientos: cesad de obrar perversamente, aprended el bien obrar: buscad lo justo,

socorred al oprimido, juzgad al huérfano, defended a la viuda. Y venid, y argüidme, dice el Señor: si fueren vuestros pecados como la escarlata, quedarán blancos como la nieve: y, si fueren como el vermellón, quedarán blancos como la lana. Si quisiereis, y me oyereis, comeréis los bienes de la tierra: lo dice el Señor omnipotente.

LOS PENITENTES

Ahora la Iglesia dirige a los penitentes este hermoso trozo de Isaías. Para ellos también se ha preparado un baño: baño penoso, más eficaz para lavar todas las lacras de sus almas si se presentan sinceramente arrepentidos y dispuestos a reparar el mal que han cometido. ¿Hay algo más cierto que la promesa del Señor? Los más oscuros y brillantes colores cambiados en un instante por la blancura de la nieve son imagen del cambio que Dios se dispone a obrar en el alma del pecador contrito. El injusto se convierte en justo; las tinieblas en luz; el esclavo de Satanás se hace hijo de Dios. Alegrémonos con nuestra Santa Madre la Iglesia, redoblando nuestro ardor en la oración y en la penitencia obtendremos que el número de los reconciliados en el gran día de la Pascua, sobrepase aún sus esperanzas.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan. (IX, 1-38.)

En aquel tiempo, al pasar Jesús, vió a un hombre, ciego de nacimiento: y le preguntaron sus discípulos: Rabbí, ¿quién pecó, éste, o sus padres, para que naciese ciego? Respondió Jesús: No pecó éste, ni sus padres: sino que ha sido para que se manifestasen en él las obras de Dios. A mí me conviene ejecutar las obras de Aquel que me ha enviado, mientras es de día: vendrá la noche, y entonces nadie podrá obrar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo.

Y, después de decir esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó sobre sus ojos, y dijole: Vete, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir Enviado). Fué, pues, y se lavó, y volvió viendo.

Entonces los vecinos, y los que le vieran antes, porque era un mendigo, decían: ¿No es éste el que se sentaba, y mendigaba? Unos decían: Sí, éste es. Y otros: No, sino que es parecido a él. Pero él decía: Sí, soy yo. Y le preguntaron: ¿Cómo se te han abierto los ojos? Respondió: Aquel hombre, que se llama Jesús, hizo lodo, y untó mis ojos, y me dijo: Vete a la piscina de Siloé, y lávate. Y fui, y me lavé, y veo. Y dijéronle: ¿Dónde está él? Dijo: No sé.

Llevaron, al que fuera ciego, a los fariseos. Porque era sábado, cuando hizo Jesús el lodo, y abrió sus ojos. Preguntáronle, pues, otra vez los fariseos cómo había recobrado la vista. Y él les dijo: Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo. Y decían algunos de los fariseos: Este hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado. Pero otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos prodigios? Y había división entre ellos.

Dijeron, pues, otra vez al ciego. ¿Qué dices tú de aquel que te abrió los ojos? Y él dijo: Que es un profeta. Pero no creyeron los judíos que él hubiese sido ciego, y que hubiera recobrado la vista, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron, diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? Pues, ¿cómo ve ahora? Respondieron sus padres, y dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero el cómo ve ahora, no lo sabemos: preguntádselo a él, ya tiene edad, hable él mismo de sí. Dijeron esto sus padres, porque temían a los judíos, pues ya se habían conjurado los judíos para expulsar de la Sinagoga a todo el que confesara que era Él el Cristo. Por eso, sus padres dijeron: Ya tiene edad, preguntádselo a él mismo.

Llamaron, pues, otra vez al hombre que fuera ciego, y dijéronle: Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que este

hombre es un pecador. Díjoles entonces él: Si es pecador, no lo sé: sólo sé una cosa: que, habiendo estado ciego, ahora veo. Dijéronle. ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Respondióles: Ya os lo he dicho, y lo habéis oído: ¿por qué queréis oirlo otra vez? ¿Acaso también vosotros queréis haceros discípulos suyos? Maldijéronle entonces, y dijeron: Sé tú discípulo de Él, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés: pero no sabemos de dónde es éste.

Respondió aquel hombre, y díjoles: Eso es lo maravilloso, que vosotros no sabéis de dónde es Él, y Él me ha abierto los ojos: pero sabemos que Dios no oye a los pecadores; mas, si hay uno que honra a Dios, y hace su voluntad, a ése Dios le oye. Jamás se ha oido que alguien haya abierto nunca los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no fuera de Dios, no podría hacer eso. Respondieron, y dijéronle: En pecado naciste todo, ¿y nos enseñas? Y le arrojaron fuera.

Oyó Jesús que le habían arrojado fuera, y, habiéndole encontrado, le dijo: ¿Tú crees en el Hijo de Dios? Respondió él, y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Y dijole Jesús: Ya le has visto, y es el mismo que habla contigo. Dijo él entonces: Creo, Señor. Y, postrándose (aquí se arrodilla), le adoró.

EL BAUTISMO

La Iglesia de los primeros siglos designaba el Bautismo con el nombre de *Iluminación*; este sacramento en efecto confiere al hombre la fe sobrenatural mediante la cual se le infunde la luz divina. Por esta razón se leía hoy el relato de la curación del ciego de nacimiento, imagen del hombre iluminado por Jesucristo. Este tema se ve reproducido con frecuencia en las pinturas murales de las catacumbas y en los bajo relieves de los antiguos sarcófagos cristianos.

Nosotros nacemos todos ciegos; Jesucristo por el misterio de su encarnación, figurada en este barro que

representa nuestra carne, nos ha merecido el don de la vista; mas para gozar de él, tenemos que ir a la piscina del divino Enviado y lavarnos en el agua bautismal. Entonces Dios mismo nos iluminará y se disiparán las tinieblas de nuestra razón. La docilidad del ciego de nacimiento que cumplió tan cándidamente las órdenes del Salvador, es imagen de la de los Catecúmenos; escuchan dócilmente las enseñanzas de la Iglesia, porque también ellos quieren recobrar la vista. El ciego de nacimiento, curado, demuestra lo que obra en nosotros la gracia de Jesucristo mediante el Bautismo; mas, a fin de que la instrucción fuese completa, reaparece al fin del relato para darnos un modelo de la curación espiritual, herida por la ceguera del pecado.

LA FE

Y el Salvador le pregunta como también a nosotros nos ha preguntado ante la piscina sagrada: *¿Crees en el Hijo de Dios?* El ciego deseoso de creer, le responde al punto: *¿Quién es, Señor, para que yo crea en Él?* Así es la fe, que une la débil razón del hombre a la suprema Sabiduría de Dios y nos otorga su verdad eterna. Apenas si Jesús ha manifestado su divinidad ante este hombre y ya se postra en tierra para adorarle: Ahora es verdaderamente cristiano. ¡Cuántas enseñanzas se encierran aquí para los Catecúmenos! Al mismo tiempo, este relato les revela y nos recuerda también a nosotros la maldad de los enemigos de Jesús. Pronto darán muerte al justo por excelencia; el derramamiento de su sangre nos merecerá la curación de la ceguera nativa, aumentada aún más por nuestros pecados personales. Alabemos pues, amemos y reconozcamos a nuestro médico divino; su unión con la naturaleza humana ha preparado el colirio que ha

de curar nuestros ojos de su enfermedad y hacerlos capaces de contemplar por siempre los esplendores de la misma divinidad.

ORACIÓN

Humillad vuestras cabezas a Dios.

*Ábranse, Señor, los oídos de tu misericordia a las preces de los que te suplican: y, para que puedas acceder a los deseos de los que te ruegan, haz que te pidan lo que a ti te agrada.
Por el Señor.*